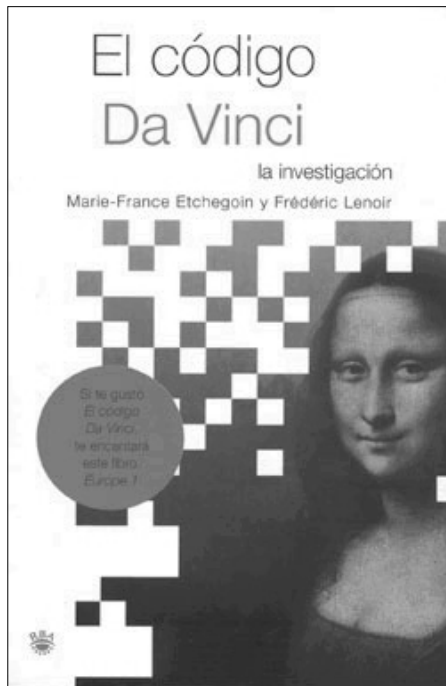


EL CÓDIGO DA VINCI: LA INVESTIGACIÓN

Marie-France Etchegoin y Frédéric Lenoir

Editorial RBA, 251 páginas, 2005



Editorial RBA

Es una realidad innegable que El código Da Vinci se ha convertido en algo más que una simple novela para pasar el rato. La ambigüedad adoptada por su autor, Dan Brown, muy al estilo de la de J. J. Benítez en sus 'Caballo de Troya', ha conseguido que el relato haya sido asumido por millones de lectores como una fuente histórica fiable y documentada. Marie France Etchegoin, periodista de Le Nouvel Observateur, y Frédéric Lenoir, filósofo y sociólogo, describen muy bien el resultado del 'efecto Brown' en el prefacio de su libro El código Da Vinci: la investigación: "En París, un amigo, que no era ningún chalado, nos explicó con la mayor seriedad que la Iglesia había quemado miles de manuscritos molestos. 'Dan Brown dice la verdad', afirmaba. Otro nos aseguraba que Leonardo Da Vinci había pertenecido, efectivamente, a una secta. Una maestra,

considerada persona razonable, aseguró en una cena que la pirámide del Louvre tenía sin duda un sentido oculto, diabólico incluso. (...) Todos se preguntaban si Leonardo era, en efecto, un alquimista y un desenterrador de cadáveres. Si los templarios eran realmente herejes". Dan Brown ha desencadenado una marea pseudohistórica que ha crecido alimentada por cientos de lamentables imitadores que se han sumado a los ya de por sí esoteristas y 'templariólogos' de siempre.

Etchegoin y Lenoir han saltado a la palestra con este libro ejemplar de respuesta escéptica a la pseudohistoria pura y dura, que no otra cosa es la novela de Brown. El código Da Vinci: la investigación es un desmenuzamiento concienzudo — no exento de algún que otro gazapillo histórico perfectamente obvia— de todos los supuestos secretos desvelados por el autor estadounidense en su best-seller, del que se está rodando ahora mismo una adaptación cinematográfica de presupuesto millonario.

Los dos investigadores franceses han adoptado una técnica de exposición muy sencilla y, sobre todo, fácil de seguir. Primero reproducen las revelaciones de Brown, con numerosas citas de la novela, después explican de dónde han salido y cuáles son sus fuentes y autores originales para, por último, refutarlas con todo lujo de detalles.

Lo que hace este libro especialmente valioso es que, a pesar de la evidente labor de documentación que lo respalda, no es un denso tratado de historia desbordado por la erudición y apto sólo para especialistas. Escrito en un tono ágil, muy periodístico, en capítulos breves y muy bien ordenados, su lectura es

fácil, atractiva y engancha desde la primera página.

El código Da Vinci: la investigación es un esperanzador intento de dejar las cosas en su sitio. Como afirman bien claro Marie-France Etchegoin y Frédéric Lenoir, "el esoterismo puede producir lo peor". Y lo demuestran con creces.

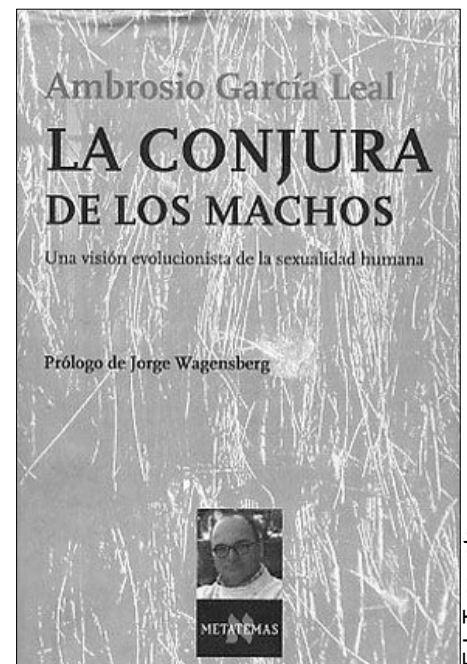
Julio Arrieta

LA CONJURA DE LOS MACHOS

Ambrosio García Leal

Colección Metatemáticas n° 87.

Tusquets Editores. 384 páginas. Barcelona, 2005



Ed. Tusquets

EL PORQUÉ DEL SEXO

Somos, los humanos, una raza evolutiva en numerosas cuestiones: somos la única especie social y cooperativa que adoptó la monogamia como estrategia de apareamiento, o en la que las hembras ocultan (incluso en general entre ellas) su ciclo fértil, mientras que la diferencia anatómica entre

sexos se ha acentuado, contando con el órgano sexual masculino más grande de nuestro entorno... Entre los humanos el sexo constituye una actividad llena de matices y de placeres (llegando las mujeres a experimentar orgasmos comparables a los de los varones) que nos diferencian de los demás primates, incluso los más cercanos, que muestran una notable sobriedad sexual (excepción hecha de los bonobos, por ejemplo). Multitud de características muestran que el sexo es, en la especie humana, algo tan distintivo como la marcha bípeda o el tamaño de nuestro cerebro.

¿A qué se debe todo ello? El libro *La Conjura de los Machos*, del biólogo Ambrosio García Leal, presenta de manera admirable el complejo rompecabezas de la sexualidad humana a la luz de la ciencia. Gran parte de los misterios de la sexualidad humana pueden ser entendidos gracias a la capacidad de adaptación de nuestra especie. En eso no somos únicos: las diferentes estrategias sexuales de muchas otras especies nos pueden servir para entender las nuestras, aunque sin llegar a pretender una extrema sociobiología, una exageración en la que la única explicación de todo venga de lo “innato”. Cita en su introducción el autor a Ramón Margalef, y a lo que él denominaba “lo barroco de la naturaleza” para mostrar que además de la herencia tenemos que considerar “lo adquirido”, las interacciones del entorno, el modo de vida, para explicar casi cualquier característica fisiológica o de conducta de una especie. Como la nuestra.

Podemos imaginar el escándalo que los primeros libros de Freud debieron provocar hace un siglo:

decir en una sociedad con una moral victoriana que el sexo es el principal motor de las motivaciones humanas debía ser algo más de lo que podían aceptar. Quien lo decía tenía una poderosa teoría que parecía explicar —y curar— enfermedades mentales de las que en ese momento se sabía muy poco y eso implicaba que había que tomárselo en serio. Tan en serio se tomó que aún hoy en día el psicoanálisis es una terapia extendida, a pesar de las dudas sobre su eficacia. Su mayor problema es, aunque sea paradójico, lo que parecía su mayor virtud: su capacidad para explicar todo. Tanto explica que al final no explica nada. Las intuiciones de Freud tienen un escaso —o nulo— sustento científico y experimental.

Todo lo contrario que la *sociobiología*. Basándose en que todo comportamiento procede de una larga evolución y que debe servir a algún propósito, consiguió un rotundo éxito al proponer modelos que lograban explicar el altruismo que se observa en muchas especies —sobre todo en los insectos sociales—. ¿Cómo puede ser adaptativo el sacrificarse por un hermano? Porque este comparte la mitad de los genes contigo. Salvar a tres hermanos es más ventajoso que salvarse a uno mismo.

Pero la rigurosidad científica de la *sociobiología* no le ha impedido convertirse en el origen de la avalancha de libros como *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus* (de John Gray) o *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas* (de Barbara y Allan Pease). Libros que con una caradura sin precedentes explican sin ningún tipo de verosimilitud toda la gama de comportamientos modernos. ¿Por

qué las mujeres no entienden los mapas? Porque como no iban a cazar, no tienen una mente espacial. ¿Por qué a los hombres les gusta dormir del lado de la puerta? Para vigilar la cueva. De nuevo el mismo problema: explicar tanto no es explicar nada. Aunque sean muy populares, esos libros en los que se pretende justificar en la actividad cazadora de los primeros machos humanos y la mayor dedicación a la crianza de las primeras hembras casi cualquier diferencia entre los sexos, se olvidan del fenómeno fundamental, que es una especie de contrato establecido desde los primeros humanos para optimizar la explotación de los recursos, verdadera estrategia ganadora que permitió la proliferación de nuestra especie en la que una sexualidad rica y desinhibida jugó un papel mucho más rompedor que el simple de “lazo” monógamo.

Mientras estas actitudes se circunscriban a los *best-sellers* no pasa nada. Más preocupante es el hecho de que científicos más serios caigan de vez en cuando en los mismos errores. Sobre todo cuando se habla del tema que Freud colocaba en el centro de la psicología humana: el sexo. En este contexto, un título como *La Conjura de los Machos* puede dar la impresión de ser poco serio. Nada más lejos de la realidad.

Al buscar una interpretación biológica del sexo humano se ha de huir de ese extremismo, que ha sido, históricamente, en especial durante los últimos decenios, muy abundante en la bibliografía. García Leal se intenta separar de todo tipo de explicaciones aparentemente “redondas” que han tenido mucha popularidad, mostrando que, en la comparación con otras especies de nuestro entorno filogenético, esas

aparentes razones son realmente construcciones interesadas, a menudo porque tendemos a interpretar las conductas animales en términos demasiado humanos y, al revés, considerar que las conductas humanas son poco naturales.

Un ejemplo lo constituye la cuestión de la “guerra de los sexos”. Lo cierto es que la humana es la única especie en la que se tiene presente la relación entre el acto sexual y la procreación. Si pensamos en términos de qué sexo invierte más en la procreación y posterior cuidado de las crías (lo que se denomina inversión parental) y consideramos que las estrategias evolutivas harán que cada individuo pretenda perpetuar sus genes en las siguientes generaciones, la cuestión que mencionábamos de la monogamia humana se ha solidado justificando en una guerra en la que las que suelen perder son las mujeres. El macho, aparentemente, preferiría una poliginia, que le da más capacidad de extender su semilla. Sin embargo, lo que asegura el éxito evolutivo no es una mayor camada, sino que esas crías consigan prosperar y convertirse en adultos. De esta manera, la hembra humana no es simplemente explotada, sino que utiliza la monogamia a su favor para asegurar que el macho invierta también energía y dedicación que, en principio, podría quedar relegada a ella.

Ninguna estrategia evolutiva que tenga que ver con la reproducción puede favorecer sólo a uno de los sexos: o ganan los dos, o no se podrá entender un equilibrio a largo plazo. Posiblemente, los primeros humanos establecieron sociedades principalmente monógamas debido a sus sistemas de caza y recolección, y las hembras encontraron estrategias adecuadas

para conseguir que la inversión parental se repartiera. Se ha considerado por muchos autores que la disponibilidad de la hembra humana a la práctica sexual sería un resultado de esas estrategias: el sexo mantendría junta a la pareja, deslindando la función reproductora de su práctica. La realidad es más compleja y las familias monógamas estables de los humanos conviven con el sexo extraconyugal y cierto grado de poligamia, como sucede también en algunas especies de aves. La idea del macho promiscuo por naturaleza y la hembra monógama por naturaleza, que utiliza el sexo para domesticar a su pareja no se soporta realmente en los datos biológicos.

LO SEXUAL Y LO SOCIAL

El libro de García Leal no pretende dar todas las respuestas al rompecabezas sexual humano, y el propio autor reconoce que en muchos aspectos sólo podemos acercarnos a hipótesis plausibles. En los diferentes capítulos, se abordan -con una erudición exhaustiva y con numerosos ejemplos de estudios realizados que no ahogan, afortunadamente, al lector- diferentes cuestiones de la sexualidad humana, a veces verdaderas rarezas biológicas como los orgasmos femeninos, el tamaño de los pechos en ellas y de los penes en ellos, así como los patrones básicos de la belleza, la masturbación, los impulsos bisexuales o las prácticas homosexuales, la prostitución e incluso se apuntan raíces biológicas para la represión sexual y la violencia de género.

Capítulo a capítulo el autor irá revelando, con un rigor excepcional, la explicación de todas nuestras rarezas. En el primer capítulo, *¿Por qué existen los machos?*, nos tirará por tierra el mito de la guerra

de los sexos al que aludíamos: la meta de los progenitores es el éxito reproductivo, no engañarse entre ellos. La mantis que devora al macho después de la cópula no es un monstruo. Es el macho el que realiza la mejor inversión para su descendencia: ofrecerse como proteínas para sus hijos. En *El mito de la hembra monógama* veremos, entre otras cosas, que la infidelidad no sólo beneficia al macho que la practica. A una hembra puede interesarle ligar sus genes con un macho ‘promiscuo’ porque sus descendientes heredarán el comportamiento y se reproducirán más. En *El comercio de la carne* leeremos el motivo del ‘contrato sexual’. Como su título indica: *¿Sirve para algo el orgasmo femenino?* explica varias hipótesis para el origen del orgasmo femenino. Los capítulos 5 y 6 *La ley del más bello* y *Y la mujer se hizo niña* nos ayudarán a comprender las causas del dimorfismo sexual entre hombre y mujer; en particular el por qué del tamaño de penes y pechos. Con *Un mono bisexual y pederasta* entenderemos los impulsos bisexuales humanos y con *¿Es el hombre un lobo para la mujer?* las posibles causas de la violencia doméstica. Que en las actuales culturas de cazadores-recolectores prácticamente no exista este tipo de violencia parece sugerir que se trata de una construcción cultural. Por último, en *¿Retorno al Edén?* el autor nos explicará su visión de la libertad sexual.

Muchas de las explicaciones, como bien indica el autor en el prólogo, se mueven en el terreno de las hipótesis. Pero plausibles y muy bien documentadas. Sólo en el último capítulo el autor deja el rigor de lado para expresar sus opiniones personales, algunas más polémicas que otras. Para mues-

tra, un botón; que la única educación sexual que tengan los jóvenes en las escuelas sea la prevención de enfermedades es como si en un curso de gastronomía sólo se enseñara cómo no intoxicarse. Ahora bien ¿a quién le correspondería educar lúdicamente en el sexo?

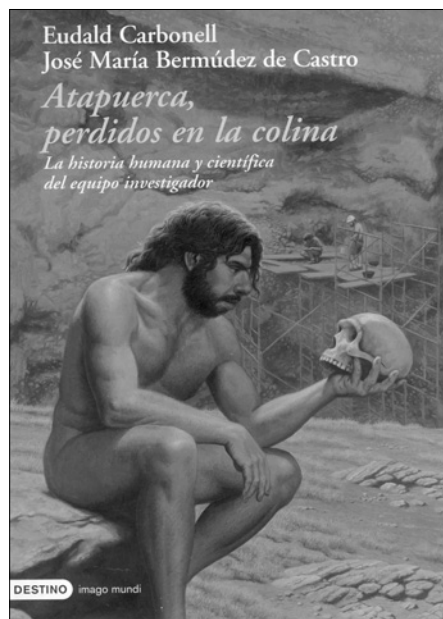
Es de agradecer que el autor, a lo largo de todo su discurso, mantiene un continuo balance entre lo que puede aportar la biología y lo que queda como construcción cultural humana. El hecho de que seamos conscientes del valor reproductivo del sexo, aunque casi siempre lo practiquemos sin pretender precisamente expresar ese valor, le lleva también a especular sobre las razones de la libertad sexual y cómo en la sociedad actual hemos trastocado, posiblemente por entender mal el equilibrio entre ambas, una conducta que llega a mercantilizarse, a provocar obsesiones “antisexuales”, o a justificar lo políticamente correcto donde no hacía falta. En ningún lugar está escrito que por ser diferentes unos y otras tengamos diferentes derechos en una sociedad libre.

Como valoración, concluimos que es uno de los mejores libros publicados sobre este tema y, por descontado, el más actual y documentado. Gustará por igual al experto que quiera saber el estado de las últimas investigaciones, y al lector curioso que esté dispuesto a aprender con un libro bien escrito, ameno, y totalmente exento de especulaciones gratuitas. Imprescindible.

Juan Pablo Fuentes
Javier Armentia

ATAPUERCA, PERDIDOS EN LA COLINA. LA HISTORIA HUMANA Y CIENTÍFICA DEL EQUIPO INVESTIGADOR

Eudald Carbonell y José María Bermúdez de Castro,
Editorial Destino, 446 páginas.
Barcelona, 2004.



EL ARTE DEL TITIRITERO¹

Escribía Imre Lakatos que el resultado de la moralidad hipócrita de la época victoriana, era doble. Por un lado la creencia de mucha gente en un ideal de decencia burguesa que era completamente imposible de cumplir por nadie, y por otro lado la que consideraba al ser humano como la más depravada de las bestias, que también era sostenida por otro sector amplio de la población. Lo correcto, posiblemente, no era ni lo uno ni lo otro o, al menos, no lo era la mayor parte de las veces.

Ese ejemplo le servía para criticar negativamente algunas de las ideas de Karl Popper, basadas más en modelos mentales teóricos y no en lo que se podía ver que pasaba en los centros de investigación, y así continuaba escribiendo que “los

criterios científicos utópicos, o bien crean exposiciones falsas e hipócritas de la perfección científica o alimentan el punto de vista de que las teorías científicas no son sino meras creencias enraizadas en intereses inconfesables”. Esto último le servía también para atacar, de paso, el aire revolucionario que ha rodeado desde siempre a algunas de las ideas más radicales (Lakatos las llama absurdas) de algunos sociólogos del conocimiento, que han pretendido “haber desenmascarado la ficticia racionalidad de la ciencia cuando, como máximo, están explotando la debilidad de algunas teorías caducas de la racionalidad científica”².

Partiendo de un punto de vista nada utópico ni ingenuo y, al mismo tiempo, muy alejado del relativismo sobre la posibilidad de llegar a conocer el pasado, Eudald Carbonell (admirador confeso del autor húngaro) y José M^a Bermúdez tratan de hablarnos en esta obra de lectura sencilla y cómoda acerca de lo que han sido sus experiencias personales y científicas durante más de veinte años (casi treinta en el caso del catalán) de excavaciones arqueológicas y paleontológicas en la sierra de Atapuerca (Burgos), sin falsas hipocresías acerca de la perfección de la investigación científica en general, pero mostrando el respeto profundo del equipo que lidera el trabajo de este proyecto por la correcta documentación de los pasos dados y resultados obtenidos³, así como por la mejor explicación posible de la base sobre la que se asientan sus construcciones teóricas, con la finalidad de que el lector pueda llegar a conocer (casi desde dentro) cuál ha sido el contexto externo (social) e interno (del mundo de la arqueología y paleontología) en el que ha ido